

Antonio de Ciudad Real

“De los indios del Acandón y de un caso notable que sucedió con uno que querían sacrificar”

p. 36-38

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

Sábado seis de septiembre salió el padre comisario muy de madrugada de Comitlán, y andadas tres leguas por un valle, a manera de abra muy angosta entre cerros, por caminos pedregosos y de malos pasos, vino la luz del día, con la cual anduvo otras tres leguas, al cabo de las cuales llegó a una fontecita de muy buena agua, junto a la cual estaba un prado y en el prado unos ranchos muy grandes que se habían hecho pocos meses antes para una capitania de soldados que iba contra los indios del Acandón, como después se verá; allí descansó un poco y comió unos pescadillos cocidos que le habían dado los frailes de Comitlán y luego volvió a su tarea, y pasados dos arroyos y andadas tres leguas largas, llegó a un pueblo de los mismos indios quelemes, y del mismo obispado y visita de dominicos llamado San Francisco Amatenango, donde aunque estaban descuidados porque no sabían de su ida por allí, se le hizo mucha caridad; favoreció el Señor al padre comisario aquella jornada como siempre porque nunca se descubrió el sol de suerte que diese pena, y parece que se detuvo el agua hasta que hubo llegado al pueblo, porque entonces cayó un terrible aguacero y tras aquél otro mayor, y después otros muchos, uno mayor que otro, que a cogerle cualquiera dellos en despoblado le hiciera daño no pequeño. Detúvose allí todo aquel día y avisó aquella tarde a Chiapa, que sería otro día por la mañana allá, y por pedirle los indios de Amatenango que les dijese *misa*, se quedó a decírsela fray Lorenzo Cañizares, y con él el lego fray Cristóbal para ayudarle, y porque se hizo mención poco ha de los indios del Acandón, decirse ha en este lugar alguna cosa dellos y de la tierra donde habitan, aunque con brevedad.

[CAPÍTULO LXI]

De los indios del Acandón y de un caso notable que sucedió con uno que querían sacrificar

Los indios del Acandón son muy pocos y los más dellos infieles, que no se han bautizado, y andan también en su compañía algunos apóstatas de la fe, así dellos mismos como de otros que se han huido de otras partes y se les han juntado; tienen todos una fuerza o peñol en una laguna, sesenta leguas de Chiapa, entre oriente y poniente, no muy lejos de la Chontalpa, hacia las tierras que confinan con la provincia de Yucatán; la laguna no es muy grande, pero es honda y circular y tiene en medio una islilla con

algunos peñascos y en ella tienen hechas los acandones sus casas, y a esto llaman peñol; sírvense de muchas canoas para salir a tierra firme a cazar y a hacer sus milpas de maíz, ají y frisoles y calabazas y otras legumbres, y a capturar todos los hombres que pueden, así indios como españoles y negros, para sacrificarlos a sus ídolos; los que cogen vivos llévanlos a aquel fuerte y isla, y después que los han engordado los sacrifican con danzas, *mitotes* y bailes.

Aquel año de ochenta y seis salieron algunos éstos a tierra firme con sus armas, que son arco y flecha, y dieron una noche en una estancia de un español, vecino de Chiapa, y habiendo muerto a un negro que se puso en defensa, llevaron presas nueve o diez personas entre chicas y grandes, y puestas en su isla las iban cebando y engordando como si fueran puercos, para ofrecérselas y sacrificárselas al Demonio poco a poco en sus fiestas y solemnidades; teníanlos a todos metidos en una cárcel o red de maderos muy gruesos hincados en la tierra, y encima estaba hecha una barbacoa en que de noche dormían los que los guardaban; de día los sacaban por el pueblo con unos cascabeles a los pies y los regalaban y daban muy bien de comer y les procuraban hacer fiestas, pero de noche los volvían a la cárcel, en la cual estaban con la guardia sobredicha, hasta que llegado el día del sacrificio sacaban a matar uno y otra vez otro, y así habían ya sacrificado algunos de los diez atrás referidos; y quedando ya muy pocos, y entre ellos un indio hábil y buen cristiano, que muy de veras se encomendaba a Dios y a la virgen santa María, su madre, llegado el día en que había de morir le sacaron de la cárcel, y llevado al *mitote* y baile comenzaron su fiesta; quiso su ventura o ordenólo así Dios, que el que estaba tañendo el *teponastle*, que es un instrumento de madera que se oye media legua y más, erró el golpear y el compás de la música, y teniendo esto por agüero y mala señal el sacerdote de los indios, mandó que no pasase la fiesta adelante ni se hiciese por entonces el sacrificio y que muriese el tañedor que había hecho aquella falta, tan grande a su parecer, pero intercedieron por él los demás, y perdonado mandaron volver al otro indio a la cárcel y concertaron y determinaron que otro día fuese sacrificado; el pobre indio que ya sabía algo de aquella lengua, entendió el trato y concierto, y encomendándose a Dios y a nuestra señora la virgen María, cuyo devoto él era, probó a menear un palo de la cárcel, y dióse tan buena maña que con el favor de Dios sacó uno sin ser sentido, y no atreviéndose a salir con él otro o otros dos indios que allí estaban, se salió solo y bajó a la laguna y entró en una canoa y pasó a tierra firme, a la banda de

Chiapa, y se subió a unas peñas muy altas donde estuvo escondido lo restante de la noche y otros dos o tres días sin comer, si no fue lo que consigo llevaba, que no debiera ser mucho, y algunas raíces y frutas que él halló; cuando amaneció y miró bien en dónde estaba, vio que se había detenido en aquellas peñas en un puesto tan peligroso, que a pasar dos pasos más adelante se despeñara en una hondura muy grande, y dio gracias a Dios porque le había librado de aquel peligro. Oyó asimismo aquel mismo día que pasaban indios por allí abajo a buscarle y que iban diciendo que le habían de coger y hacer que no se les huyese otra vez, con lo cual puede cada uno considerar lo que el pobre indio sentiría y cuán grande sería a tal tiempo su tribulación y angustia. Pasados tres o cuatro días, cuando ya él entendió que se habían vuelto los que le habían ido a buscar, bajó de sus peñas y escondrijo y comenzó a caminar para su tierra, pero yendo un día caminando muy descuidado de topar ninguno de los acandones, vio venir dos de ellos por el mismo camino con sus arcos y flechas, y aunque no estaban lejos quiso Dios que ellos no le vieron; él se escondió en el monte y cuando ellos pasaron les oyó decir que la causa de no haberle hallado era habersele comido algún tigre; libre de estos peligros y zozobras, llegó el pobre indio a su tierra tan flaco, despeado y mal traído que tardó mucho tiempo en volver en sí; él contó todo esto al fraile dominico de las Coapas, y decía y afirmaba que la madre de Dios, a quien se encomendaba, le había librado, y después el dominico lo contó al padre comisario general cuando pasó (como queda dicho) por los pueblos donde estaba. Por esta presa que hicieron los acandones en aquella estancia y por otras que habían hecho y se temía que harían, se hizo gente de españoles e indios, los cuales fueron a la laguna sobredicha llevando consigo a un fraile nuestro que moraba en Chiapa, y pudieran (según se dijo) cogerlos a todos con facilidad si luego dieran en ellos, porque estaban todos desbandados y desapercibidos, pero los indios se supieron valer y pidieron al capitán ciertos días de plazo para responder a lo que les habían propuesto, y una noche, cuando más desbandados estaban los españoles, desampararon los indios el peñol y se pasaron a tierra firme y se metieron en el monte, y aunque fueron en su seguimiento no hicieron nada, y así se volvieron a sus casas hartos de caminar y manvaciós, como dicen. Para estos soldados eran aquellos ranchos donde descansó el padre comisario el día que salió de Comitlán, como queda dicho, desde los cuales llegó a San Francisco Amatenango, donde quedó en el ínterin que se ha dicho esta digresión, y será bien volver a tratar de su viaje.